

# LAS CUENTAS PENDIENTES DE LA SISTEMATIZACION\*

•A pesar del valor de la sistematización, este instrumento de creación de nuevos conocimientos aún no ha podido responder a una serie de inquietudes. Por ello, es necesario reflexionar más allá del método y de las herramientas, para ahondar en lo que sigue siendo el gran desafío: la producción de conocimientos a partir de la acción.

Desde hace casi una década, la sistematización y su proposición como método de producción de conocimientos, es tema de especial preocupación para el Trabajo Social. Es por eso que corresponde hacer un alto en el camino y preguntarnos ¿dónde estamos?, ¿cuánto hemos avanzado?

Sin duda, la sistematización ha hecho aportes importantes al desarrollo teórico de la profesión, pero el carácter de universalidad que le hemos asignado no ha permitido avanzar lo suficiente para desarrollar un pensamiento y lenguaje que, por una parte, sean capaces de nombrar lo que el Trabajo Social ve en su práctica cotidiana y, por otra, permitan el diálogo con otras profesiones y disciplinas.

En esta ponencia pretendo compartir, desde lo que ha sido mi experiencia con la sistematización, el balance que hago respecto a su «promesa» como instrumento de creación de nuevos conocimientos, destacando tanto sus aportes como lo que son, a mi juicio, las «cuentas pendientes»; es decir, aquello a lo cual la sistematización no ha podido responder. Es el momento de reflexionar y hacernos cargo de ellas, buscando nuevos caminos que nos permitan ir más allá del método y de las herramientas, para

## Ximena Valdés E.

Docente de la Escuela de Trabajo Social,  
Pontificia Universidad Católica de Chile.  
Investigadora del Programa Familia-Escuela  
del Centro de Investigación y Desarrollo de la  
Educación, CIDE.

abordar lo que sigue siendo el gran desafío: la producción de conocimientos a partir de la acción.

## GENERACION DE CONOCIMIENTOS

En su práctica profesional, los trabajadores sociales intervienen en una realidad

dada. Actúan en ella para producir un cambio en una situación que necesita ser mejorada, modificada o superada. En ese proceso van transformando la idea preconcebida sobre lo que quieren hacer para que ésta sea «posible», a la vez que van actuando sobre la realidad para acercarla a dicha idea. Ello significa que, junto con actuar, conocen, aprenden y comprenden. Así al menos lo declaran los profesionales de terreno y esa ha sido, también, mi propia experiencia.

**«En los equipos de acción en que yo he participado, no sólo hay espacios de reflexión, sino que ella es una actitud permanente y colectiva...; nosotros reflexionamos para mejorar nuestra ac-**

\* Este artículo recoge partes de la ponencia «Sistematización: ¿moda o necesidad?», presentada en el Vº Encuentro Nacional de Estudiantes de Trabajo Social, realizado en Santiago, los días 17 y 19 de Agosto de 1989, y del documento «Informe preliminar sobre la producción de conocimientos a partir de la acción», de X. Valdés y E. Walker, 1990.

**ción....; a partir de ella se toman decisiones...;el trabajo de cada programa es revisado y problematizado por cada uno de los miembros del equipo, son reuniones vitales, donde se piensa hablando, donde se conoce actuando» (G. Torres, 1988).**

En la mayoría de los equipos de acción de los que los trabajadores forman parte, al igual que en esta cita, la reflexión, la discusión y el análisis son actividades inherentes a su trabajo. En este sentido, los profesionales que los integran se acercan a la imagen de «actor reflexivo» que postula Schön: «un explorador, un jugador, un experimentador que vive una tensión constructiva entre una realidad y un posible, avanzando cautelosamente para asegurar la posibilidad de realización de su idea» (R. Zúñiga, 1986).

Sin embargo, estando conscientes de que están en un proceso de conocimiento, y habiendo espacios para la reflexión, el aprendizaje generado en la práctica queda limitado a los profesionales que intervienen en la experiencia.

**«En este tipo de conversaciones, el análisis no queda registrado, los aprendizajes son acuñados por cada participante. Este modo de reflexionar nos permite actuar con prontitud. Sin embargo, esta modalidad de trabajo nos aísla, nos va condenando a ser un grupo cerrado en su propia experiencia, en su historia oral y con su propio lenguaje....El problema es que lo que nosotros conocemos, no lo podemos transmitir» (G. Torres, 1988).**

Los factores que pueden explicar esta situación son múltiples y diversos y, probablemente, la explicación más profunda incluya una combinación de todos ellos. Sin pretender ser exhaustivos, es posible mencionar algunos que parecen relevantes:

- La producción de conocimientos a partir de la intervención social (recuperarlos, elaborarlos, comunicarlos), es una actividad exigente en términos de tiempo y dedicación. Ello choca con la urgencia de las situaciones concretas que los trabajadores sociales enfrentan, las que obligan a priorizar la realización de actividades que apuntan a resolver esas urgencias. Ante esta situación, los trabajadores sociales concentran en ellas su tiempo y sus energías.
- La «inseguridad profesional» que sienten muchos trabajadores sociales, los hace estar conscientes de su formación, la que por una parte es débil en lo que a la investigación se refiere y, por otra, los lleva a aceptar el «método científico de verificación de hi-

pótesis» como el único válido para la producción de conocimientos.

- Relacionado con lo anterior, está el hecho de que hemos sido socializados en la falsa dicotomía teoría-práctica, hacer-conocer. Así, suponemos que lo «normal» es que unos sean los que «piensen» y otros, los que «actúen»; que debemos «conocer primero» para «actuar después». Esta separación muchas veces nos lleva a contraponer la reflexión vs. la acción. Por lo tanto, los «prácticos» se sitúan en el «hacer» y los «teóricos» en el pensar, y los aprendizajes que los «prácticos» adquieren al intervenir quedan restringidos a retroalimentar su propia acción.

- En el caso específico de nuestro país, y tal vez en aquellos que vivieron situaciones similares, un factor importante en el «silencio de las prácticas sociales» puede haber sido el marco social y político en que se desarrollaron las experiencias de acción social en las que participaban un número significativo de trabajadores sociales. Durante el período del gobierno militar, especialmente en los primeros años, lo importante era «actuar», utilizando al máximo el compromiso personal, las energías y la creatividad para enfrentar lo mejor posible los problemas, necesidades y carencias que se multiplicaban en el mundo popular. Sin embargo, para resguardar la sobrevivencia del proyecto, y a veces de los propios participantes, era necesario ser extremadamente cautelosos:

**«Es muy probable que este tipo de carencia analítica esté expresando, precisamente a través del silencio, el tipo de marco social y político en el cual muchos proyectos se mueven. Si es así, estamos frente a una ‘criptografía’ que esconde lo que prudentemente es mejor callar» (J.E. García Huidobro, 1984).**

Los resultados de esta situación son de distinto tipo. Una primera consecuencia es la frustración e impotencia que sienten los trabajadores sociales involucrados en los proyectos de acción social, al experimentar su incapacidad para transformar su experiencia y sus aprendizajes en conocimiento, en conceptos e ideas, que trasciendan su caso particular. En el largo plazo, esta frustración e impotencia tienen efectos negativos sobre su autoestima, sobre la valoración de sus propias capacidades y sobre la valoración de lo que hacen: «sólo sirvo para la acción».

## **MAS ALLA DE LO PARTICULAR**

De lo anterior, deriva un segundo efecto. Para resolver el problema, en muchas instituciones o equi-

pos de trabajo se recurre a personas externas -evaluadores, sistematizadores, investigadores- con la esperanza de que ellos recuperen los conocimientos generados en las intervenciones sociales que realizan. Sin embargo, en la mayoría de los casos los prácticos no quedan satisfechos: considerando que no forman parte de la acción, a su juicio, estos expertos la ven de distinta manera y, por lo tanto, dan cuenta de ella desde una perspectiva diferente.

**«Los otros no ven la realidad como nosotros, porque no están en la práctica, no la comprenden. Ellos no conocen lo que nosotros conocemos y eso que nosotros conocemos, no lo podemos transmitir» (G. Torres, 1988).**

Así, se refuerza una postura epistemológica que plantea que sólo se puede comprender a través de la vivencia («no hay conocimiento auténtico sin experiencia personal», lo que viene a ser una reedición del empirismo de Hume, que se vuelve a plantear cuatro siglos más tarde). Con ello, se termina en un «callejón sin salida»: si la única forma de comprender las prácticas sociales es viviéndolas, ya que aprender a través de lo que otros comunican es imposible, no vale la pena hacer el esfuerzo de comunicar. Y como no es posible que todos los interesados en comprender las prácticas sociales participen en ellas, los conocimientos que éstas pueden generar quedan limitados a los profesionales que intervienen en ellas.

Por último, y consecuencia de todo lo anterior, las experiencias de intervención social quedan aisladas unas de otras, sin aprovechar los aprendizajes acumulados, negando la posibilidad de colaborar y restando su aporte a la construcción de nuevos saberes.

Sin embargo, el «auge de la sistematización» que se observa entre los equipos de acción en general, y entre los trabajadores sociales en particular, revela un deseo explícito de trascender la experiencia particular y singular, de llegar a otros, de contribuir con sus conocimientos a la comprensión de lo social. Quizás intuyen que **«si las prácticas sociales**

**no son productoras de historia futura, productoras de mundo y de una mejor comprensión de ese mundo, las prácticas sociales no respetan su misión histórica y empobrecen su sentido y su misión» (R. Zúñiga, 1986).** Quizás exprese, también, un secreto anhelo de un «modo de conocer» propio de la forma de actuar de los profesionales del Trabajo Social.

Entonces, ¿dónde radica el problema? ¿Por qué, si como hemos visto, existe entre los trabajadores sociales conciencia de la necesidad de conocer y comunicar, y si hay espacios de reflexión, la «producción de conocimientos» no es una realidad en nuestra profesión?

### LA PROMESA DE LA SISTEMATIZACION

La sistematización surge como tema en América Latina a principios de los años 80. En Chile, encontró un terreno fértil entre muchos trabajadores sociales, educadores populares y otros profesionales involucrados en proyectos de acción con sectores

populares: ofrecía la posibilidad de recuperar y comunicar los conocimientos que esas prácticas generaban, en un momento en que los «marcos teóricos» utilizados hasta entonces no eran capaces de explicar e interpretar los procesos de organización y solidaridad en los sectores populares que, en medio de las violaciones de los Derechos Humanos, los trabajadores sociales podíamos constatar (D. Sánchez, 1989).

En efecto, en esos años, no sólo Chile, sino la mayoría de los países de la región, se encontraban bajo regímenes autoritarios que significaron quiebres profundos

en todos los ámbitos de la vida nacional y que tuvieron graves consecuencias, especialmente para los sectores populares. En ese contexto, comenzaron a aparecer múltiples experiencias de acción social y educación popular con sectores populares que tenían características muy particulares y resultados e impactos significativos.

Frente a esta realidad, aparece la preocupación por

*"El auge de la sistematización que se observa entre los equipos de acción en general, y entre los trabajadores sociales en particular, revela un deseo explícito de trascender la experiencia particular y singular, de llegar a otros, de contribuir con sus conocimientos a la comprensión de lo social".*

«comprender» esas prácticas. En esta preocupación convergen el interés de investigadores y científicos sociales por los conocimientos que estas prácticas pueden aportar a la comprensión de la realidad (D. Sánchez, 1989), y la necesidad de los «prácticos» por entender mejor lo que están haciendo y, por sobre todo, por comunicar los conocimientos y aprendizajes que están logrando en relación a los sectores populares y la situación social que están viviendo. Es así como muchos de nosotros participamos en diversos talleres y seminarios sobre sistematización, abrimos nuestras experiencias y proyectos para que «expertos» las sistematizaran, realizamos nuestras propias sistematizaciones, ya sea utilizando algunos de los modelos propuestos, o bien intentando construir algunas categorías que dieran mejor cuenta de nuestras experiencias de intervención social (D. Sánchez, X. Valdés).

Hoy día, en Chile, a casi 10 años de la aparición del tema, sistematizar es una «demanda», una necesidad sentida» de los trabajadores sociales, más allá de aquellos vinculados a las ONGs (Colegio Regional de Asistentes Sociales, 1990) y, en general, de los «profesionales de terreno». Así, también abunda la «oferta»: distintas concepciones respecto a lo que es sistematizar, distintos modelos, metodologías y especialistas.

Ante la ausencia de una definición única y comparada de lo que es la sistematización, y tratando de precisar el concepto, una pista que permite aclarar en parte la confusión, es el significado etimológico del término. De acuerdo al diccionario, sistematizar es «reducir a sistema» y define sistema como conjunto de reglas o principios sobre una materia, enlazados entre sí». También, como «conjunto de cosas que ordenadamente relacionadas entre sí contribuyen a un determinado objeto». Otra definición señala que «un sistema es un conjunto de elementos relacionados entre ellos y subordinados a un principio de unidad». De acuerdo a Zúñiga, hablar de sistema es «también hablar de ORDEN, de UNIDAD, de COHERENCIA, de una ARTICULACION, de una INTEGRACION de partes: es hablar de conjunto de RELACIONES, de INTERACCIONES» (R. Zúñiga, 1990).

Por lo tanto, sistematizar dice relación con «conjunto de cosas» (reglas, componentes, elementos), «relaciones», «orden», «articulación de partes, coherencia, unidad». Haciendo la analogía con la acción social, se trata, entonces, de ver esa realidad compleja, con múltiples dimensiones, contradictoria y a veces caótica que es la acción social, como

un sistema. Es decir, se trata de verla dentro de su unidad, como un conjunto de componentes relacionados entre sí de acuerdo a un orden. Para ello, es necesario mirar la práctica con cierta distancia, reflexionarla, hacerle preguntas (aplicarle categorías) y organizarla de acuerdo a cierto orden. Esto permite comprenderla en su estructura y dinámica y, a la vez, hacerla comunicable.

### UN COMPONENTE DE LA ACCION SOCIAL

Cuando hablamos de acción social nos referimos a la intervención conciente, planificada y responsable sobre determinados aspectos de la realidad para -junto con otros- modificarla, transformarla. En esa medida, es inseparable de la reflexión, del conocimiento y del pensamiento. De lo contrario, no se trata de una acción social, sino de activismo o «movimiento reflejo». En una acción social entendida de esta manera, los que intervienen están continuamente haciéndose preguntas -aunque no sea en forma explícita-, que permitan comprender lo que están haciendo y lo que está pasando, con el objeto de intervenir mejor y de que la acción sea más eficaz.

Nuestras prácticas, muchas veces, parecen un «caos»: actividades múltiples, distintas motivaciones, diferentes involucrados, relaciones diversas, conflictos, resultados esperados y no esperados, dificultades, aprendizajes. En ese «todo» que es una acción social, la sistematización permite distinguir sus componentes y el orden, es decir, las relaciones que hay en el «caos» que parece lo que hacemos. Por ejemplo, establecer las relaciones que hay entre las distintas situaciones, las acciones, los involucrados, los aciertos, los errores. Es aquí, entonces, donde se ubica la sistematización como un esfuerzo teórico reflexivo que trata de hacer NO-OBVIO y de DISTINGUIR a nivel analítico lo que en la práctica y acción cotidiana se dan dentro de un todo inseparable (D. Sánchez, 1989).

En este proceso, el profesional -trabajador social u otro- juega un rol fundamental, porque es responsable de su intervención, de saber lo que está haciendo y de lo que está pasando como consecuencia de su intervención.

### DISTINTOS CAMINOS

Respecto a la forma de sistematizar, en las experiencias realizadas es posible distinguir dos caminos:

- Aquel en que la acción es mirada, reflexionada y analizada de acuerdo a un modelo o esquema de análisis determinado y pre-elaborado. En este caso,

las categorías -«componentes de la acción»- y el orden entre ellas -las relaciones- están definidas a priori. La práctica se «ordena» y se «organiza» para comprenderla y comunicarla, generalmente después de ser realizada y desde fuera, de acuerdo a un esquema. Así, si el modelo elegido plantea que la acción social tiene determinados componentes, analizo mi práctica de acuerdo a dichas categorías. Dentro de esta perspectiva, se ubican aquellas sistematizaciones en que se aplica, por ejemplo, el modelo propuesto por el CELATS y el proyecto CIDE-FLACSO.

• Aquel en que se trata de desentrañar y descubrir la lógica interna, el orden implícito en esa acción social particular. En este caso, no se aplican categorías predeterminadas, sino que se reflexiona sobre la acción haciéndole preguntas que traten de explicar qué está pasando, construyendo categorías que traten de captar tanto la estructura como la vitalidad, es decir, lo que le da vida a esa acción particular y que puede quedar escondido si se le aplica un esquema determinado a priori (\*)

Sea cual sea el camino elegido, el proceso de sistematización pasa necesariamente por mirar la práctica con cierta distancia -separarla de mí, objetivarla- y reflexionar sobre ella, haciéndole preguntas que faciliten su comprensión e interpretación.

## BALANCE

### Sus Aportes

La sistematización, en sus diferentes modalidades, ha facilitado el que muchos trabajadores sociales, educadores populares y otros profesionales ligados a la acción social, hayan «dado cuenta» de su práctica, de las experiencias en que han participado y hayan generado nuevas formas de intervención

\* Algunas experiencias de sistematización que se ubican dentro de esta perspectiva, son: Torres, G.: «Ampliando la mirada», Sánchez, D., y Valdés, X.: «Conociendo y distinguiendo un Trabajo Social», Cofré, A.: «Calama: Trabajo Social con familiares a 14 años de las ejecuciones», Del Valle, J. y Walker, B.: «Terremoto en Melipilla: reconstrucción y organización de los afectados».

para enfrentar los problemas y necesidades sociales que abordan. Algunos, al menos en nuestro país, a partir de sus experiencias han hecho propuestas que hoy día están siendo consideradas como base para políticas sociales. Quizás el caso más significativo es el aporte de los trabajadores sociales en el campo de la defensa y promoción de los derechos humanos, el que está siendo considerado en el estudio de las políticas de reparación a quienes fueron víctimas de su violación.

Para las prácticas mismas, la sistematización ha permitido descubrir nuevos caminos, nuevas actividades y cursos de acción, un cambio de perspectiva para

mirar la intervención y recuperar los sentidos más profundos de la acción. Ha permitido «reconocer lo viejo, lo inerte que hay en nuestras prácticas» (D. Sánchez, 1989), previniendo o bien descubriendo, la rutinización, el sobreaprendizaje y el hacer las cosas mecánicamente, riesgos que son permanentes en la acción social.

Para el Trabajo Social como profesión, la sistematización ha permitido sacar su intervención de la invisibilidad. Así, por

ejemplo, hoy día en nuestro país el trabajador social dejó de ser «el trabajador olvidado» (R. Zúñiga, 1987), en lo que a la defensa y promoción de los derechos humanos se refiere: el Trabajo Social dio cuenta de lo que vio, de cómo lo interpretó y de lo que hizo frente a las violaciones de los derechos humanos, haciéndose con ello responsable de su intervención («Trabajo Social y Derechos Humanos», 1989; «Apuntes para Trabajo Social», N° 13).

También, ha contribuido a remitir las preguntas sobre la identidad del Trabajo Social a su quehacer y no sólo a su intencionalidad, en tanto obliga a contestar desde la práctica varias interrogantes: ¿quiénes somos los trabajadores sociales? ¿En qué se distingue nuestro trabajo del que realizan otros? ¿Tenemos algo propio que decir? ¿Cuál es nuestro aporte específico? La sistematización lleva a buscar las respuestas en lo que hacemos y a distinguir las distintas modalidades de intervención social profesional, aportando cada una elementos de conocimiento es-

pecífico para construir, a partir de allí, un cuerpo general de conocimientos del Trabajo Social (N. Aylwin, 1988), lo que viene a fortalecer su identidad como profesión y disciplina.

Por último, aunque todavía muy precariamente, la sistematización ha contribuido a que el Trabajo Social haya empezado a «sacar la voz» y a «decir SU palabra». Prueba de ello, son algunas publicaciones recientes de trabajadores sociales, referidas a experiencias de su trabajo («Trabajo Social y Derechos Humanos», 1989; «Concretar la democracia: los aportes del Trabajo Social», 1989).

### **Sus limitaciones**

Ahora bien, sin el ánimo de desmerecer sus aportes, creo importante referirme también a sus limitaciones y a lo que podrían ser sus «efectos negativos».

Así como las potencialidades de la sistematización están referidas a la posibilidad de comprender y dar cuenta de las prácticas de intervención social y sus sentidos, sus límites se encuentran en la recuperación y comunicación de conocimientos que no tienen que ver con la acción misma, sus componentes, procesos y relaciones, sino con la comprensión de los problemas abordados, con aprendizajes acerca de las personas con que trabajamos y acerca de cómo funcionan -en los hechos- las políticas sociales. Los trabajadores sociales tenemos conciencia de estos aprendizajes que vamos adquiriendo en el proceso mismo de la intervención. Nuestra privilegiada ubicación e inserción laboral nos permiten -como a ningún otro profesional- conocer lo que pasa con los sectores populares. Como dice una colega, refiriéndose a la cantidad de información que permanentemente estamos recibiendo de las personas con las que trabajamos, «los trabajadores sociales estamos sentados en un pozo de informaciones», o como dice Gagnetten, somos «un banco desestructurado de datos» (M.M. Gagnetten, 1987).

Sin embargo, esa información y esos datos siguen

en nosotros; la sistematización, como herramienta, no ofrece condiciones para facilitar a los trabajadores sociales la proyección en la sociedad de los temas sociales, tal como los estamos conociendo en nuestras experiencias de intervención, a través de la interacción con los sectores populares.

Esto se desprende del hecho de que los casos de sistematización se refieren a las experiencias y no a «temas», por decirlo de alguna manera. Es significativo, por ejemplo, que en nuestro país los trabajadores sociales no hayamos sido capaces de mostrar con evidencias que la ficha CAS, el instrumento de medición de la pobreza institucionalizado durante el Gobierno Militar, no da cuenta ni refleja lo que es la pobreza. Todos lo hemos comprobado y todos la criticamos, pero eso no basta; es necesario demostrarlo y comunicarlo en un lenguaje que permita que los diseñadores de políticas sociales lo entiendan. Es casi una ironía el hecho de que la evaluación de la ficha CAS, aparecida en una publicación reciente, haya sido hecha por una socióloga que, para tales efectos, entrevistó a 250 asistentes sociales (D. Raczinsky, 1991).

*"La sistematización lleva a buscar las respuestas en lo que hacemos y a distinguir las distintas modalidades de intervención social profesional, aportando cada una elementos de conocimiento específico para construir un cuerpo general de conocimientos del Trabajo Social".*

Esa «palabra» del Trabajo Social es también necesaria: nombrar lo que vemos y constatamos día a día en nuestra práctica y mostrar las distancias, por ejemplo, entre las políticas sociales y los beneficiarios, entre los proyectos de desarrollo local y las aspiraciones de los participantes. Como bien señala Matus, «mostrar las distancias, develar algunas de las rupturas entre el sistema y el mundo de la vida» (T. Matus, 1989).

Entre los efectos negativos, el primero es la suerte de «mistificación» que se ha

hecho de la sistematización: no hay equipo de acción ni trabajador social con un mínimo de ambición profesional que no diga estar sistematizando, en vías de sistematizar, contratando una sistematización o haciendo que los propios grupos sistematicen su experiencia.

A la vez, se llama sistematización a intentos de producción teórica tan diversos como un buen infor-

me de práctica, un conjunto organizado de testimonios, un esfuerzo por estructurar el relato de una experiencia aplicándole uno de los modelos de sistematización existentes, investigaciones con hipótesis, variables e indicadores. Se piensa que la sistematización sirve para todo y que es LA herramienta de producción teórica en Trabajo Social, si bien, como vimos, hay «objetos de conocimiento» para los cuales la sistematización no se presta.

Un segundo efecto, consecuencia de lo anterior, y a mi juicio el más grave, es el oscurecimiento del problema de fondo: la producción de conocimientos a partir de las intervenciones que realiza el Trabajo Social. Las preguntas respecto a cómo conoce el Trabajo Social, a cómo se relacionan el modo de conocer y el modo de actuar, y la teoría y la práctica, no están presentes. Así, todos están preocupados por la «herramienta», por aprender a usarla y por enseñarla en las escuelas, cayendo muchas veces en una utilización mecánica y en la cosificación de la misma, desvirtuando, en muchos casos, su sentido.

Relacionado con lo anterior está el hecho de haberse cerrado, prácticamente, a otras alternativas de producción de conocimientos que pueden ofrecer perspectivas interesantes al Trabajo Social.

Estas dificultades, sin duda, no corresponden a la sistematización en sí, sino que son resultado de los «usos y abusos» que se han hecho de ella, derivados de la pretensión de que sirve para todo. Y ello está revelando cierta debilidad teórica en el terreno epistemológico en que la sistematización se utiliza.

#### **CAMINOS DE SALIDA**

El desafío del Trabajo Social de demostrar su capacidad de crear conocimientos nuevos fundados en su intervención, de dar cuenta de ellos y de poder dialogar con otras disciplinas y profesiones, sigue vigente. La pregunta que formula Zúñiga se mantiene: «las prácticas sociales ¿tienen capacidad de generar nuevos conocimientos, nuevas for-

mas de comprensión de lo social que depasan una habilidad práctica para lidiar con una situación específica? O bien, como dice Sartre, ¿se trata de un «conocimiento cautivo en la acción que ilumina y desaparece con ella»?

Si bien la sistematización representa en el Trabajo Social un avance respecto de su producción teórica anterior, todavía queda un largo camino que recorrer.

Lo primero, a mi juicio, es poner en la «Agenda del Trabajo Social», en sus encuentros, congresos, y seminarios, lo que llamo el problema de fondo: la producción de conocimientos a partir de la intervención social, el cómo se conoce en Trabajo So-

cial. Esto implica fortalecer y renovar nuestros conocimientos de epistemología y explorar perspectivas como las de Schön, quien ofrece una pista interesante para explicar la lógica de la creación de conocimientos en los que él denomina «los prácticos reflexivos». La resonancia en nosotros de su afirmación inicial «los profesionales competentes habitualmente saben más que lo que son capaces de expresar y formalizar» (Schön, 1983) debiera ser un estímulo para explorar en lo que él llama «la epistemología de la práctica».

*"Si queremos profesionales que consideren la producción de conocimientos como parte de su desempeño profesional, no podemos seguir haciendo divisiones tajantes entre intervención e investigación, prácticas de campo y tesis, enseñando a sistematizar por un lado y a investigar por otro".*

Lo segundo, tiene que ver con la capacitación de nuevos trabajadores sociales.\* En nuestra formación profesional, el «hacer» y el «conocer» estaban claramente separados, y ese falso dilema entre teoría y práctica nos pesa hasta hoy. Es necesario que las Escuelas de Trabajo Social se aboquen a la brevedad a pensar cómo hacer una docencia que supere esa disociación. Si queremos profesionales que consideren la producción de conocimientos como parte de su desempeño profesional, no podemos seguir haciendo divisiones tajantes entre intervención e investigación, separando las prácticas de

\* Las ideas contenidas en este punto corresponden, en parte, a reflexiones sobre el tema hechas en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Católica de Chile por las docentes Nidia Aylwin, Teresa Matus, Margarita Quezada, Daniela Sánchez, María Olga Solar y Ximena Valdés.

campo de las tesis, enseñando a sistematizar por un lado y a investigar por otro, y a oponer «métodos cuantitativos» a «métodos cualitativos», sin diferenciar las matrices de pensamiento en que se sustentan, sino sólo sus formas de recolectar datos. Debemos desarrollar en los estudiantes, antes que nada, sus capacidades de reflexión -de hacerse preguntas- y de análisis lógico. Que aprendan a reconocer los supuestos epistemológicos detrás de los distintos métodos y herramientas. Que conozcan estrategias distintas a la verificación de hipótesis, a la descripción literaria y a la sistematización, pero que sea cual sea la que utilicen, lo hagan rigurosamente y con sistematicidad. Si queremos que los futuros trabajadores sociales sean competentes en recuperar y elaborar los conocimientos que adquieren en su práctica, deben aprender desde el inicio a «nombrar lo que pasa y lo que ven», estando en situación de intervención.

El desafío por delante es grande, pero no por eso podemos abandonar la tarea a medio camino. La sistematización es un paso importante que, junto con desmistificar, hay que seguir profundizando. Sin embargo, la respuesta a la necesidad de creación de conocimientos no puede limitarse a ella. Por el contrario, la producción teórica en Trabajo Social será más fecunda mientras más alternativas se posea. Así, podremos aportar nuestros conocimientos a la comprensión de la realidad social, a la formulación de políticas sociales que realmente respondan a las necesidades e intereses de los sectores populares, a las propuestas, tan de moda entre planificadores y políticos, de desarrollo local. Esta tarea resulta urgente en los tiempos que estamos viviendo.

## BIBLIOGRAFIA

- (1) Aylwin, Nidia, (1988): «La riqueza de una sistematización». En «Apuntes para Trabajo Social» N°15, Colectivo de Trabajo Social, Santiago, Chile.
- (2) Bunge, M., (1969): «La Investigación científica», Ediciones Ariel, Barcelona.
- (3) Centro Latinoamericano de Trabajo Social, (1985): «La sistematización como práctica. Cinco experiencias con sectores populares». Lima, Perú, Nuevos Cuadernos N° 6.
- (4) Centro Latinoamericano de Trabajo Social, (1988): «Sistematizando experiencias de taller en las Escuelas de Trabajo Social en América Latina», Lima, Perú, CELATS, Nuevos Cuadernos N° 15.
- (5) CIDE-FLACSO, (1984): Informe final del seminario «Sistematización de experiencias de educación popular y acción social», Talagante 9-13 de enero 1984, Santiago, Chile, CIDE-FLACSO.
- (6) Colectivo de Trabajo Social, «Apuntes para Trabajo Social», N° 1 al 17, Santiago, Chile.
- (7) Colegio Regional de Asistentes Sociales, (1990): «La sistematización en Trabajo Social», Cuadernos de recopilación bibliográfica de Trabajo Social N° 3, Santiago, Chile.
- (8) Concha, X., Ibañez, P. (1989): «Una experiencia colectiva de sistematización de las prácticas profesionales». En «Trabajo Social» N° 55, Santiago, Chile.
- (9) Del Valle, J., Walker, B. (1987): «Terremoto en Melipilla: Reconstrucción y Organización de los afectados». En «Apuntes para Trabajo Social» N° 14, Santiago, Chile.
- (10) Gagnet, M. M., (1987): «Hacia una metodología de sistematización de la práctica», Buenos Aires, Argentina, Editorial Humanitas.
- (11) García Huidobro, J.E., editor (1982): «Alfabetización y Educación de Adultos en la Región Andina», Patzcuaro, Michoacán, México. CREFAL-UNESCO.
- (12) García Huidobro, J.E., Piña, C. (1984): «Obstáculos, facilitadores, aciertos, errores: comentarios a la marcha de los proyectos», Seminario de Sistematización, Documento N° 2, Santiago, CIDE-FLACSO.
- (13) Magendzo, S.: (1989): «La revisión de la práctica: un método», PIIE, Santiago, Chile.
- (14) Martinic, S. (1988): «Elementos metodológicos para la sistematización de proyectos de acción social y educación popular». En S. Martinic y H. Walker (eds), «Profesionales en la acción. Una mirada crítica a la educación popular», CIDE, Santiago, Chile.
- (15) Martinic, S. (1989): «Categorías para el análisis y la sistematización de los proyectos de acción social y educación popular». En J.E. García Huidobro, J.E. y otros, «Educación Popular en Chile. Trayectoria, experiencias, perspectivas». CIDE, Santiago, Chile.
- (16) Martinic, S., (1985): «La reflexión metodológica en el proceso de sistematización: apuntes para una discusión», CIDE, Santiago, Chile.
- (17) Matus, T., (1989): «Trabajo Social y Modernidad. Hacia un desencanto fructífero», Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales, ILADES, Santiago, Chile.
- (18) Morgan, M. de la Luz y Quiroz, T., (1985): «Acercas de la sistematización». En «La sistematización como práctica. Cinco experiencias en sectores populares». CELATS, Lima, Perú.
- (19) Morgan, M. de la Luz, (1989): «Sistematización para Capacitadores». En «Acción Crítica» N° 25, CELATS, Lima, Perú.
- (20) Popper, K., (1964): «El desarrollo del conocimiento científico.

- Conjeturas y Refutaciones». Edit. Paidós. Buenos Aires.
- (21) Popper, K., (1985): «La lógica de la Investigación científica», Editorial Tecnos, Madrid.
- (22) Quiroz, T. y Morgan, M. de la Luz, (1987): «La sistematización, un intento conceptual y una propuesta de operacionalización». Nuevos cuadernos CELATS N° 11, Lima, Perú.
- (23) Quiroz, T., (1989): «La sistematización, un intento de operacionalización». En «El Canelo» N° 12, Santiago, Chile.
- (24) Raczinsky, D. (1991): «La Ficha CAS», CIEPLAN, Santiago, Chile.
- (25) Saball, P., Valdés, X. (1989): «Sistematizando entre trabajadores sociales», en Apuntes para Trabajo Social N° 16, Santiago, Chile.
- (26) Sánchez, D., Valdés X.: «Conociendo y distinguiendo un Trabajo Social». En «Apuntes para Trabajo Social» N° 14, Santiago, Chile.
- (27) Sánchez, D., (1989): «Sistematizar es un verbo que se conjuga en la acción». En «Apuntes para Trabajo Social» N°16, Colectivo de Trabajo Social, Santiago, Chile.
- (28) Schön, D., (1983): «The reflective practitioner. How professionals think in action». Basic Books, Inc., Publishers, Nueva York.
- (29) Tapia, G., editor, (1987): «La producción de conocimientos en el medio campesino», PIIE, Santiago, Chile.
- (30) Torres, G., (1988): «Ampliando la mirada». En S. Martinic y H. Walker (eds), «Profesionales en la acción. Una mirada crítica a la educación popular», CIDE, Santiago, Chile.
- (31) Valdés, X., Walker E., (1990): «Informe preliminar sobre «producción de conocimientos a partir de la acción», Fundación Interamericana (IAF).
- (32) Varios autores, (1989): «Concretar la democracia: los aportes del Trabajo Social», Colectivo de Trabajo Social, Editorial Humanitas, Buenos Aires, Argentina.
- (33) Varios Autores, (1989): «Trabajo Social y Derechos Humanos», Colectivo de Trabajo Social, Editorial Humanitas, Buenos Aires, Argentina.
- (34) Zúñiga R., (1987): «El trabajador olvidado». En «Apuntes para Trabajo Social» N° 12, Santiago, Chile.
- (35) Zúñiga, R., (1986): «Investigación científica y prácticas profesionales: una reflexión epistemológica». Ponencia presentada al Coloquio sobre «Epistemología científica y práctica social», Universidad de Puerto Rico.
- (36) Zúñiga, R., (1990): «Trabajo Social: la voz y la pluma. La construcción de conocimientos y la afirmación profesional», (versión en elaboración), Escuela de Trabajo Social, Universidad de Montreal. Canadá.
- (37) Zúñiga, R., (1990): «Sobre el sistematizar» (Revista de Trabajo Social N° 61).